

Ofrenda de filial amor, que, no por vanidad, sino, como preciosa herencia para sus descendientes, dedica el suscrito a la memoria de su inolvidable padre.

Cúcuta, abril de 1920.

CARLOS RAMIREZ MONREAL

LAS DELICIAS DE UN REGIMEN

La reglamentación del hambre, que impuso a las empobrecidas capitales rusas la República revolucionaria, hízose hambre sin reglamentación tras el golpe de Estado bolcheviquei. El racionamiento de los burgueses fue uno de los decretos máximos del Comisariado, y al correr de los días iba amenguando la porción de pan (un amasijo sin semejanza con el pan) de la octava parte de una libra a la diez y seis por cabeza. Para adquirir los demás comestibles se daban bonos también con las señas de los mercados y las tiendas del distrito donde debían adquirirse. ¡Adquirirse! Las tiendas hallábanse vacías. En los mercados, las escasas vituallas que llegaban eran a menudo destrozadas por las patrullas rojas, castigando así a los mercaderes, que despreciaban la tasa impuesta y cobraban altísimos precios por las legumbres podridas o algún pescado desenterrado del hielo... La leche, que era artículo especialmente expendido a precios fabulosos inundaba los mercadillos cuando los soldados inspectores a culatazos rompían botellas y vasijas, impidiendo la explotación extraordinaria en contra de los niños y los enfermos de San Petersburgo. Tenían razón, que la exorbitante carestía de un botellín de leche aguada ponía en trance de muerte a miles de niños y enfermos que la necesitaban sin poder pagarla. Pero lo lamentable

era ese acto, verter y perder el líquido en vez de decimizar o de comprarlo, pagándolo según la tasa impuesta.

La vida de las señoras ricas o de la mediana burguesía, era una caza perpetua a los comestibles. ¡Cuántas veces entró muy de mañana en nuestra casa la encantadora princesa Obolenska vestida con un abrigo de cibelina que valía 50.000 francos y un cestito al brazo a comunicarnos gentilmente:

—Vengan en seguida conmigo. He hallado una tienda donde las coles son baratas. Mi marido ha comprado ayer jugo delicioso de frambuesas y ha dicho que guardarán algo para ustedes. Hay que llevar el frasco y tener cuidado de no verterlo—decía, riendo, la damita—como le ocurrió a mi marido, que vertió la mitad del frasco en su traje. ¡Pobre; le cuesta tanto que nos tengamos que ocupar del aprovisionamiento doméstico, de estas carreras diarias en busca de patatas, un puñado de harina, algunas onzas de manteca!

Ana Obelenska, que poseía las más hermosas esmeraldas de San Petersburgo, que no se quitaba las cibelinas por temor de que se las robaran, lo que luego le ocurrió llevándolas puestas, es hermana de un oficial ruso, trasladado al panteón de familia desde el frente de Galitzia, donde murió. La soldadecza roja desenterró su cadáver, saqueando el panteón y la capilla erigida a la memoria del héroe, que fue dotada espléndidamente con iconos y reliquias por la Zarina.

Por recomendación de la princesa Obolenska compramos alguna vez repollos regularcillos, y aquella mañana que nos comunicó el descubrimiento del dulce néctar, ordenamos inmediatamente la busca y captura del jugo de frambuesas para endulzar nuestro té, porque la sacarina nos hacía daño. El «delicioso jugo» era un líquido sucio y fermentado, pero con dulcedumbre, que nos sirvió de regalo un par de días.

El sistema del bono para toda clase de compras, limitando las de telas y calzado a dos o tres varas, o un par de zapatos a los inquilinos de cada casa, que por turno podían alcanzar el bono; el rigorismo con que se hacía ese reparto, dando la primacía para la adquisición de la vestimenta a los proletarios de la casa, criados, portera, leñador, etc., ponía en grave peligro también de desnudez a los burgueses. Las necesidades de ellos y el natural deseo de ganancias en gentes oscuras y en hebreos creó el fraude, la venta secreta de comestibles y prendas usadas.

Amenazaban los decretos del Comisariado a los expendedores y compradores, a los matuteros a domicilio, hasta con el fusilamiento; pero nosotros teníamos hambre; nuestros niños desfallecían, y los aldaenos o los desertores, tan familiarizados estaban con el peligro, con la muerte; tan fuera de la ley los habían puesto la guerra y la revolución, que no les importaba infringir el mandato de los nuevos gobernadores, y llamar a nuestras partes ofreciéndonos pan, carne, salvado, de procedencia más que dudosa....

Hubo una temporada en el invierno de 1918 que se resolvió el problema de nuestro *menú* (éramos diez de familia) con la visita cada dos o tres días de un *mujik*, que, entrapajados, nos traía costillares de....de.... un animal incalificable.

Como se había terminado el aceite de linaza, con que se guisaba y también el de girasol, de suerte que los condimentos se hacían con no sé qué otro unguento vegetal, a éste atribuíamos el insoportable gusto de la carne. Un día, todos en la mesa dejamos al probarlo el plato de vianda, diciéndonos unos a otros disimulando el asco, «que estábamos desganados.» Pero tal inapetencia mutuamente nos pareció sospechosa, y unos a otros nos confesamos que aquella carne era.... no

expresamos la idea que nos turbaba, y convinimos sólo en que tal carne no era comestible. Gracias a que mi hija Mañita, una perfecta señora de casa, tenía una reserva de sémola, que cocida con sal, fue nuestro manjar de aquel día. Y tuvimos postre también. Unas bolitas de mondas de patata que, a modo de galletas, se tomaban con el té. Era un pésimo amasijo que sin embargo, se generalizó en las mesas de San Petersburgo. He de dar a mis lectoras la receta de tal exquisitez reposteril por si quieren hacer penitencia gustándola.

Al día siguiente me fui al encuentro en la cocina del vendedor clandestino, y le interrogué:

—¿Qué carne es la que nos traes?

Me miró receloso, y por su rostro correcto de barbas rubias, pasó una sonrisa y contestó:

—Es de vaca, de buena vaca vieja....

—No dices la verdad. ¿Por qué no traes la cabeza, las patas o el rabo del animal?

Rióse el matutero y dijo estúpidamente:

—Por no traer más peso.

Decreto tras decreto, el Comisariado bolcheviqui regularizaba la triste existencia de propios y extrajeros en Rusia. Vinieron en seguida los Comités domiciliarios donde el portero, el leñador, mezclados con el general y el archimandrita del Sínodo, tenían derecho a hablar los primeros en las sesiones.... Se decretó luego el trabajo obligatorio para ambos sexos en las calles y los patios interiores de las viviendas. Y mis hijas, con la *brigada* de señoras limpianieves picaron el hielo de las calles, a la vista del portero y de los soldados, que olgaban, mirándolas y diciéndolas:

—A vosotras os toca trabajar ahora y a nosotros mirar....

Con argumentos y leyes pasionales, no de equidad social, iban los bolcheviquis levantando su república

sovietista, cual malos albañiles de un edificio de tablo-
nes sin cohesión entre sí, y que han de derribar los
vendabales. . . .

SOFIA CASANOVA

¡ESPERANDO!

La cariñosa madre esperaba...

A su espalda, en el parque de entrada al castillo, alineábanse los castaños de indias y los añosos robles, formando filas como inmuebles veteranos, y en el fondo, a través de un tupido arco de follaje, aparecía la casa señorial, algo modernizada en su exterior, espejándose en la superficie tranquila de los anchos fosos de agua que la rodeaban.

A derecha e izquierda, en las extremidades del parque, extendíanse las llanuras de los campos, ricos en mieses, que empezaban a brotar y cuyo delicadísimo verde semejaba un inmenso lago, en el que como pequeñas islas asomaban acá y allá alquerías, granjas y caseríos, con sus techos colorados, sus paredes blancas y sus huertecillos llenos de almendros y manzanos en flor.

El sol desbordaba sus torrentes de luz sobre tan magnífico panorama, dorándolo, por decirlo así, a fuego, y esmaltándolo con reflejos centellantes; sol de primavera, sonriente, alegre, con cuyo calor se difundían por doquier las palpitaciones deliciosas y fecundas de la resurrección de la tierra. Abríanse a porfía las flores en las praderas, en los cercados, en los árboles; gorjeaban los pajarillos en torno de sus nidos en construcción, y los labradores escardaban los sembrados, dirigiéndoles miradas llenas de satisfacción y de esperanza. ¡Ah! sí, la naturaleza volvía de nuevo a la vida.